

La poesía de Patti Smith

Pablo Espinosa

La ceremonia de iniciación ocurrió así:

La pequeña Patricia Lee Smith camina de la mano de su madre. El paseo por el parque junto al río culminará en una revelación que pondrá en marcha la capacidad de asombro de la niña y definirá su trayectoria vital.

Los recuerdos, escribirá más de medio siglo más tarde, resultan borrosos, “semajantes a huellas dactilares en platos de cristal, de un viejo cobertizo para barcos, una gloria circular, un puente de piedra con arcos”.

En la superficie del amplio lago, donde desemboca el río presencié “un milagro singular”:

Un largo cuello curvo se alzó de un vestido de plumas blancas.

“Cisne”, dijo su madre al percibir la emoción de la infante asombrada.

“El ave golpeó el agua resplandeciente con sus grandes alas y alzó el vuelo”.

La palabra cisne, que pronunció su madre, recuerda Patricia Lee, “apenas dio fe de su grandeza ni transmitió la emoción que me produjo. Su imagen me generó un deseo para el que no tenía palabras, un deseo de hablar del cisne, de decir algo acerca de su blancura, la naturaleza explosiva de su movimiento y la lentitud con que había batido las alas”.

El cisne entonces se fundió con el cielo, mientras la niña se esforzaba en encontrar palabras que expresaran tal noción. “Cisne, repetí, no enteramente satisfecha, y sentí un cosquilleo, un anhelo curioso, imperceptible para los transeúntes, mi madre, los árboles o las nubes”.

Había nacido en ella la poesía.

Desde entonces, el corazón, la mente, los sentimientos, vivencias y la respiración completa de Patricia Lee Smith están regidos por la poesía.

Patti Smith. Con ese nombre la conoce el mundo.

Bajo ese apelativo palpita entre nosotros una de las personas más intensas, interesantes, sensibles e inteligentes que definen el camino correcto de la creación artística: el de la honestidad.

Sesenta años después de aquella revelación de infancia, Patti Smith continúa buscando las palabras que satisfagan su deseo de decir, de narrar la blancura, la naturaleza explosiva del cisne y decir con mil palabras gritadas en borbotones a toda velocidad, la lentitud con la cual el ave bate sus alas.

El cisne funge a manera de metáfora de la vida misma.

Cuando tuvo sesenta y cuatro años, a diferencia del declive físico que anuncia ron The Beatles con su canción *When I'm sixty four*, Patti Smith publicó, en cabal gozo de su potencia vital, sin mengua alguna, el libro *Just Kids* (Bloomsbury Publishing Plc) primero en Londres, después en Nueva York, luego en Berlín y después en España (con el título *Éramos unos niños*, en la editorial Lumen).

Hermoso testimonio del cisne y de la muerte del cisne: “fue el verano en que murió Coltrane... Los hippies alzaron sus brazos vacíos y China hizo detonar la bomba de hidrógeno. Jimi Hendrix prendió fuego a su guitarra en Monterey... Fue el verano del amor. Y en aquel clima cambiante e inhóspito, un encuentro casual cambió el curso de mi vida: fue el verano en que conocí a Robert Mapplethorpe”.

En *Just Kids*, Patti Smith narra su vida con Mapplethorpe pero también cuenta el vuelo del cisne entero.

Es en la primera página de ese libro donde relata su ceremonia de iniciación ante el asombro de la vida.

A la intensidad de sus vastas experiencias vitales, Patti Smith suma ya dos visitas a México, luego de periplos previos por este territorio, donde ha calcinado la noche con su canto, su música, su poesía.

Como en la noche del 5 de mayo de 2012, a sus sesenta y cinco años de edad, cuando rindió homenaje a sus muertos y a todos los vivos que presenciamos el ritual:

Su voz tan cercana al rugido, tan próxima a la guturación, tan a punto del murmullo lo mismo que a la reverberación de los tonos graves de su voz y sus agudos sostenidos en el filo del precipicio.

Su canto tan pleno de coraje, de ternura, de quejido y protesta, de indignada ocupación del alma. Su voz que acurruca, pliega y revienta en puñetazo.

Hela allí, hierática y sencilla. Tan feroz como una leyenda viva y tan frágil como una flor, no de jardín botánico sino fiera vegetal del desierto calcinado, incinerado por la pasión.

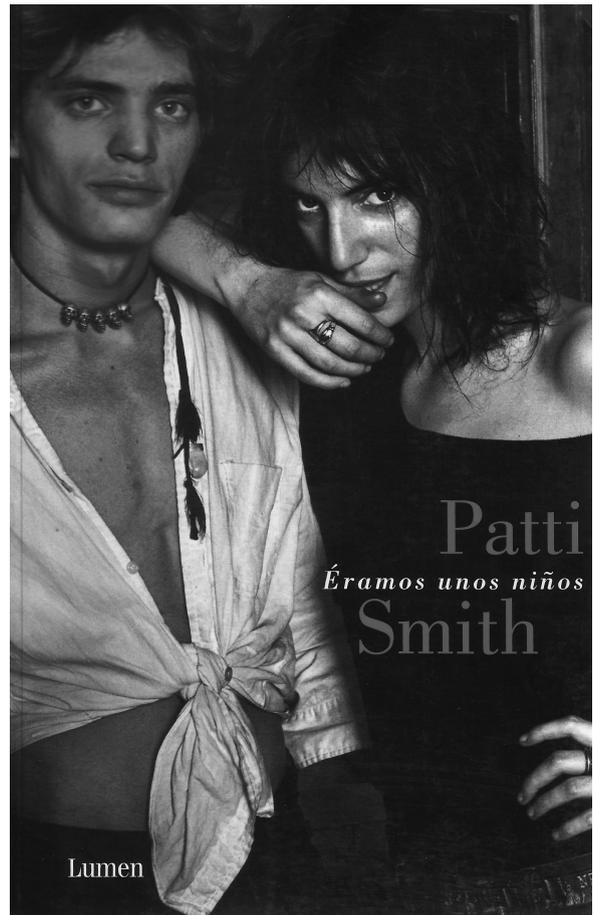
Hela allí, ínglima y valiente, como un sueño cumplido. Patti Smith en concierto, en la explanada del Museo Anahuacalli bajo una luna llena y una bruma leve que acaricia los gritos de una multitud que la aclama y corea con ella todas sus canciones.

Cual puberta, a sus sesenta y cinco años de edad se cimbró e hizo trepidar a los más de tres mil cuerpos y todos los espíritus que convocó sobre el templete donde reptó, saltó, caminó, flotó, su cabellera crines indomables, sus muslos centauros, pegasos, corceles y con su banda y con el público rebotando de alegría, se escuchaba bajo su música encantada el trepidar de una manada de bisontes en celo que hicieron temblar las flores de un jardín entero.

Escuchemos: canta con la misma impresionante potencia y modula la voz mejor que



Patti Smith



hace treinta, cuarenta años: modula, mastica, escupe, digiere, traga, abre el diafragma entero y lanza al ombligo de la noche ese resorte invisible que se ubica un milisegundo antes del grito: un andar de hamaca que se vuelve temblor trepidatorio a lo largo y ancho del número infinito de notas graves que caben en su tesitura de contralto, que puede viajar hacia soprano y cuando en lo alto de la noche suelta su melena despeinada en un falseto, en un trinar de aves ateridas, el mundo vuelve a cobrar sentido en su epicentro ígneo, porque la señora Patti Smith está imprecaando al universo: “¡Sean libres, sean fuertes! ¡Resistan!” nos grita, nos impele, nos impreca.

Y el público en medio de su embeleso corea, grita, gime los versos que ella deja en blanco para que los circunstanciales, cooficiantes de tan intensa ceremonia, se conviertan en coro griego de una antitragedia épica con final feliz: la lucha social, la conciencia de clase, el compromiso. El resistir. Patti Smith, indudable artista de pensamiento progresista, de izquierda aunque convierta los afanes libertarios en un mero discurso ecologista, pero ella sigue siendo la creativa de su tiempo, la colaboradora del Movimiento

Ocupa Wall Street, la enarboladora de consignas: “El pueblo tiene el poder / el poder de soñar / de mandar / de rescatar a la tierra de las manos de los tontos / porque está decretado que el pueblo es el que manda”.

Y pasa entonces del mantra hacia el susurro, atraviesa el valle de las notas graves, roncadas broncas rocas rodantes, para culminar el verso con un escupitajo. Patti Smith escupe al suelo mientras canta de la misma manera en que lo hizo su camarada punk Adam Yauch durante años al frente de los Beastie Boys, hasta morir, hace apenas unos días.

A él y a otros de sus amigos, compañeros de ruta, dedica Patti Smith sus versos.

Un concierto celebratorio dedicado a los espíritus que moran ya en otro plano dimensional, por igual que a los vivos, saltantes y bailantes, gritantes y cantantes: más de tres mil personas coreamos bajo la luna llena: “People have the power / the power to dream, to rule / to wrestle the earth from the fools / but it’s decreed the people rule”.

El público de aquella noche decretó su posesión de la noche, porque la noche nos pertenece: pintores, prosistas, poetas, músicos rupestres, monjes budistas, jóvenes,

muchos jóvenes y todos celebramos un ritual comunitario dirigido por una maestra que iniciaba suave, muy suaves sus caricias vocales mientras su excelente banda, dirigida por Kenny Laye, hacía saltar y cambiar de ubicación a las constelaciones, bajo el faro de luz cobalto que salía, zumbante, del bajo inenarrable del maestro Tony Shanahan y bajo esos influjos tan pesados en el subsuelo, tan ligeros en su vuelo, tan hondos en su sumergimiento; la señora Patti Smith aceleró, una y otra y otra vez, el ritmo de sus melódicos berridos, acrecentó la llama calma de sus gritos de embeleso, puso a girar en vértigo las solfas sucias que salían de su boca y que limpiaba con sonoro escupitajo blanco sobre el piso, mientras las notas recuperaban su vuelo nuevamente y el público para entonces ya era presa de un frenesí tan incandescente que los juntó, más de tres mil, y los hizo uno, como resultado de la alquimia de un concierto durante el cual los megatones de energía que desplegó esta dama de sesenta y cinco años anudada en nitroglicerina estallaban por el aire percutido por esas finísimas partículas de alma que volaban convertidas en notas musicales.

El cisne en vuelo.

En cada concierto de Patti Smith podemos observar su asombro frente al vuelo solemne del ave.

Cada vez que pisa un escenario lleva consigo la poesía, que la habita.

Toda la poesía. Y la narrativa. Y su oficio de pintora y su mirada de fotógrafa y su disciplina de escritora y su corazón de actriz y su condición de madre.

En su disco *Trampin'*, por ejemplo, celebra la bendición de ser madre y canta: "I'm trampin', trampin' / Tryn'a make heaven my home" y ese par de versos constituyen la canción entera y los repite en susurros como un mantra y elige el *gospel* como el género adecuado para esa pieza nacida de su corazón y sus entrañas.

Patti Smith en escena es una pira. Una flama que se extiende hacia adelante, a todas direcciones.

Y en sus ojos, en esa mirada de niña, en su risa de niña podemos leer la poesía entera de sus autores/tutores/mentores/padres fundacionales: en primer lugar Arthur Rimbaud y también William Burroughs y Allen Ginsberg y William Blake y muchos amigos muertos, como Roberto Bolaño, a quien en sus dos visitas a México ha saludado dedicándole canciones.

La muerte del cisne: la presencia de la muerte es una constante en la vida de Patti Smith. La muerte de su pareja, Robert Mapplethorpe, en 1989 y luego la muerte de su esposo, Fred Sonic Smith, en 1994, y enseguida el fallecimiento de su hermano, Todd Smith, y poco después Richard Sohl, que fue tecladista del Patti Smith Group.

En *Just Kids* habla del tema: "no siento ninguna necesidad de justificarme por ser una de las pocas supervivientes. Hubiera preferido verlos triunfar a todos, que alcanzarán el éxito. Al final, fui yo quien tenía uno de los caballos ganadores".

La vida dura: antes de vivir en el Chelsea Hotel (inmortalizado por la canción de Leonard Cohen), ella y Mapplethorpe tuvieron que dejar su vivienda luego del asesinato de un joven delante de su puerta.

Lo dejaron casi todo, "salvo lo más valioso para nosotros: nuestros portafolios". Por veinte dólares, el refugio era un cuarto de hotel asqueroso: "la habitación hedía a orines y a líquido fumigador, y el papel pintado se desprendía de la pared como la piel

muerta en verano. No había agua corriendo en el lavabo corrido, sólo alguna que otra gota que caía durante la noche".

Violencia, peligro, adversidad por doquier. Pero estaba la poesía. La poesía como una respuesta frente a la muerte.

Arthur Rimbaud, escribió Patti Smith, "encontró el fin de su aventura terrestre" a las diez horas, el 10 de noviembre de 1881: "Devociones. A Arthur Rimbaud. Él fue joven. Fue el joven maldito. Fue una divinidad maldita... Mala semilla de ira dorada... Cabellos rubios enredándose en tu respiración vital. Hidrógeno blanco. Rimbaud. Salvador de los científicos olvidados: los alquimistas. La alquimia de la palabra. El poder de la palabra. Rayos del amor. Disparos en el altar. Ceremonias obscenas... Rimbaud bendito. Rimbaud herido. Rimbaud: ángel con mangas de pelo azul. No. Luz sin sombra. Rimbaud fue un canto rodante, ¿son todos los profetas perseguidos? Fue un joven tan maldito".

Cuando cumplió sesenta y cinco años, Patti Smith dio a conocer un nuevo disco, *Banga*, que parece ser una continuación de *Horses*, cuya pieza culminante se titula "Elegie", que en *Just Kids* la describe así: "en 'Elegie' los recordamos a todos, pasados, presentes y futuros, a todos los que habíamos perdido, estábamos perdiendo y perderíamos".

Y frente a eso, la resistencia, la misión nacida de instantes iniciáticos, como el que narra enseguida: "el 2 de septiembre de 1975, abrí las puertas del estudio Electric Lady. Mientras bajaba la escalera no pude evitar recordar la vez en que Jimi Hendrix se había parado a hablar con una tímida muchacha... Desde que entré en la cabina de voz tenía estas cosas en mente: mi gratitud al rock and roll por haberme ayudado a sobrellevar una adolescencia difícil. La alegría que experimentaba cuando bailaba. La fuerza moral que adquirí al responsabilizarme de mis actos".

Es así como en *Banga* rinde elegía a los que ha perdido recientemente luego de perder en periodos duros a otros más.

En este nuevo disco dedica canciones/réquiem a Maria Schneider, a los fallecidos en el tsunami que azotó a Japón en 2011, al cineasta ruso Andrei Tarkovski y a Amy Winehouse de manera dramática, en la pieza

"This is the girl" ("this is the blind that turned in wine / this is the wine of the house it is said").

El título "Elegía" emparenta la intención musical de Patti Smith con la pavana, el treno y por extensión el réquiem, pero en ella los géneros mortuorios devienen reflexiones vitales.

La pieza que da título al disco es la única que asciende en tono hacia el estilo punk. *Banga* es el nombre que puso el escritor Mijaíl Bulgákov al perro que acompaña, ladrando toda la eternidad, sentado junto a su amo, Poncio Pilatos, quien purga culpa eterna por lanzar al sacrificio al hijo del dios de los cristianos, bautizados en la pieza inicial del disco, y que está dedicada a Américo Vespucio.

Este disco fue concebido en alta mar, a bordo del buque *Costa Concordia*, en el que Patti Smith y Lenny Kaye convivieron con artistas célebres que fueron filmados por Jean-Luc Godard para su película *Film Socialism*.

Antes, en París, donde Patti Smith montó una exposición con sus obras, uno de sus amigos le dijo: "tienes que leer esto": *El maestro y Margarita*, de Bulgákov.

Y no sólo leyó "eso" sino toda la obra disponible del escritor soviético, y viajó a Rusia para visitar los lugares donde sucede esa novela, que por cierto ya había transitado de mano a mano rockera antes: Marianne Faithfull se la regaló a su entonces esposo, Mick Jagger, y como consecuencia de esa lectura nació la canción *Sympathy for the Devil*.

Otro de los momentos culminantes del álbum *Banga* es la alucinante pieza "Constantine's Dream", titulada así por el fresco de Piero della Francesca, otro autor que la señora Smith tomó como objeto de reflexión, investigación y análisis durante otra buena temporada.

El álbum entero traza puntos de contacto y sistemas convergentes con Bruce Springsteen (coautor con Patti Smith del clásico "Because the Night") en una cita musical inserta en la introducción de la pieza "April Fool", a partir de textos de Nikolai Gogol.

Y también entabla contacto con otro gran maestro: Neil Young, cuya obra "After the Gold Rush" cierra este disco/cantata/

oratorio/elegía en punk mayor, en un coro enternecedor con los hijos de Patti: Jesse y Jackson.

Banga se titula también la gira que trajo de regreso a Patti Smith.

La noche del viernes 10 de mayo de 2013 fue la nave del retorno de la poesía y puso a mil seiscientas personas en delirio, frenesí de rock durísimo, versos calcinados, corales de guitarras, tam tam de tambores embravecidos, un par de escupitajos desde la bamba de la maestra y hela ahí: la poesía, desnuda y límpida, densa y transparente:

Es un sueño, sólo un sueño y se desvanece como un cuervo de helio y luces de platino, una pantalla de radar con rayos plateados moviéndose en el cielo como naves oscuras y él levanta las manos y exclama: soy yo, soy yo, te doy mis ojos, levántame,ízame, llévame arriba y me levanta, me levanta, me levanta...

Casi dos horas de delirio.

Patti Smith inició su recital con “Kimberly” para culminar esa ignición volcánica con “Rock N Roll Nigger” para nunca parar la intensidad.

Hubo tres incrustaciones ígneas en esta segunda visita de la señora Smith:

Primera, la intensidad subió el termómetro a tope desde que ella apareció en escena: hierática, divina, y nunca decayó esa energía, por el contrario, continuó *in crescendo* interminable.

Impresionante, la energía vital de Patti Smith a sus sesenta y seis años. Además de tomar agua constantemente, mojar lengua y garganta con buchets, cantar mientras teje dos trencitas laterales en su salvaje cabellera, antes del *sprint* final del concierto realiza un par de asanas: yoga en el escenario, para restaurar y durar.

Segunda incrustación ígnea: la elección del repertorio trazó un recorrido por su *opus omnia*, sin detenerse en resquicio alguno, y todos esos rincones oscuros resultaron iluminados como un callejón que ha sido tomado por asalto por las musas, mientras el público deliraba. El público, a quien la diosa nombraba desde el púlpito “el pueblo” que tiene el poder y ese pueblo es el futuro y el futuro es “¡ahora!”, todo esto gritado como un himno incandescente, mesmérico y enardecedor.

Tercera incrustación ígnea: su recitación cantilada, berreada, lanzada entre escupitajos, de su hermoso/intenso/despiadado poema *Birdland*, además de la hermosa melopea de Neil Young: “It’s a Dream”.

La poesía de Patti Smith en *Birdland*:

Su padre murió y le heredó un pequeño rancho mientras una caravana de carros abandona la escena y el muchacho vio entonces a su padre ascender en una nave oscura, sus brazos en cruz, con el control de todo porque ya no era humano, ya no era humano y entonces el rostro del pequeño brilló con tan desnudo júbilo que el sol se derritió en sus párpados y sus ojos eran como dos soles, blancos párpados, ópalos blancos observándolo todo con una claridad que resultaba demasiada y entonces vio que ya no había caravana funeraria ni nave oscura alguna y le dijo: padre, no me dejes aquí, levántame,ízame, llévame arriba y él levantó sus brazos y exclamó: soy yo, soy yo, te doy mis ojos y lo izó, lo izó, lo izó...

Todo esto en un estrépito de aullido de guitarras, tremor de notas semiagudas/cibernéticas, furor de tambores y un delirio generalizado del público que aclamaba cada grito, cada gemido, cada berrido ensimismado de la pitonisa que escupió otra vez al suelo y enseguida tomó una rosa blanca que pendía del tam tam de la batería, la estrujó entre sus puños y arrojó los pétalos al suelo, como una ofrenda budista mientras el epicentro del Plaza Condesa se estremecía en aullidos delirantes, entre los gemidos de la diosa de la poesía que deliraba frente a todos.

A este furor siguió el corear frenético del público con “Free Money”, bailó y saltó como un tumulto de fantasmas, con la pieza siguiente, “Ghost Dance”, se cobijó “Beneath the Southern Cross”, se deslizó al *heavy metal* de “Night Time” con guiños a Black Sabbath, para enseguida hilvanar, sin tregua (“We Ain’t Got Nothing Yet”) y luego “Born to Lose” y luego “Pushin’ Too Hard”, para sumergirse de nuevo en la poesía, ahora a cargo de Neil Young, en labios de Patti Smith:

Despierto de mañana y escucho la música de las aves sobre el tejado y el sol empieza a remontar el techo y los alambiques del río rojo atraviesan mi ciudad natal, tambaleándose en el camino. Es un sueño, sólo un sueño, que se desvanece, es tan sólo un

recuerdo y un avión deja un rastro en el cielo azul vacío y las aves jóvenes piden su alimento y el tren sale de la estación como en un sueño, sólo un sueño que se va desvaneciendo...

Y enseguida vuelven a erupcionar todos los volcanes, porque la noche nos pertenece, la noche pertenece a los amantes y enseguida se orina en un río e invoca nuevos himnos porque Jesús murió por los pecados de alguien, que no soy yo.

Patti Smith sonríe, saluda como lo hace una niña, se ríe como una niña dulce y tierna y enseguida escupe y termina el recital y regresa con su banda para que su hijo, Jackson, se luzca con un *riff* intrépido y ladra como *Banga*, el perro que puso Mijail Bulgákov a ladrar durante toda la eternidad y ladra también Lenny Kaye en su guitarra y ladra Tony Shanahan desde el bajo y el teclado y ladra Jay Dee Daugherty desde la batería y ladra todo el público y aullamos todos de placer en el delirio cuando suena “Banga”.

Patti Smith y sus músicos eslabonan cuatro piezas de regalo: “Banga”, “People Have the Power”, “Babelogue” y “Rock N Roll Nigger” y Patti suelta muros de sonido en su guitarra eléctrica como cascadas de granito puro, géiseres hirvientes, lava volcánica, magma y esmegma y rompe una cuerda de su guitarra y tritura la siguiente y desgarró otra más, como si extrajera las tripas de La Elegida en sacrificio a las deidades paganas y rompe la siguiente cuerda de su guitarra mientras ella, la pitonisa, grita “¡Viva la Vida!”. Para coronar el frenesí, el delirio poético de esta noche inolvidable y ese último grito quedarán anidados en la guitarra yacente, tumbada en el suelo como un recordatorio de cuando Jimi Hendrix le prendió fuego a su guitarra para terminar el concierto y ella, la noche del 10 de mayo de 2013, la que dejó tirada en el piso, desfallecida, la poeta Patti Smith, quedó vibrando como una campana tibetana.

Cae la noche, caen los párpados del sol quemando el manto níveo de la bruma.

Cae para levantar de nueva cuenta el vuelo.

Patti Smith en México. Delirio. Poesía en estado puro.

El cisne ha realizado nuevamente su milagro singular. **U**